

Clase y acción colectiva: escribir historias sobre actores y eventos

Class and Collective Action: Writing Stories about Actors and Events

Chris Rhomberg
Fordham University

Traducción de Marta Latorre Catalán y Héctor Romero Ramos

RESUMEN

En este artículo revisito *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E.P. Thompson para encontrar recursos con los que realizar estudios sobre la clase y la acción colectiva en perspectiva histórica. A partir de la obra de Thompson, sostengo que el análisis histórico de los actores colectivos debe ser tanto sociológicamente sólido como dramáticamente convincente. Comienzo revisando la descripción de Thompson sobre la formación de clase, que describo como una forma de “biografía colectiva”. Discuto algunos de los límites de la biografía colectiva, incluidos los problemas de la discontinuidad, la cosificación y del sujeto narrativo principal. Comparo el análisis de clase de Thompson con el de su contemporáneo Barrington Moore, Jr., como una forma de subrayar el problema de cómo representar a los actores de clase. Propongo a partir de ahí un enfoque alternativo que recorra las dimensiones de la economía, el Estado y la sociedad civil, y en el que la clase funciona como un medio necesario pero no suficiente para la formación del actor y la agencia histórica. Por último, introduzco algunos ejemplos de investigación histórica estadounidense que ilustran el potencial de esta perspectiva.

PALABRAS CLAVE: actores colectivos; agencia histórica; Barrington Moore, Jr.; E.P. Thompson; formación de clase; historia narrativa.

ABSTRACT

In this article I re-visit E.P. Thompson's *The Making of the English Working Class* to find resources for doing historically-grounded studies of class and collective action. Building on Thompson's work, I argue that historical analyses of collective actors should be both sociologically robust and dramatically persuasive. I begin by reviewing Thompson's portrayal of class formation in *The Making*, which I describe as a form of "collective biography." I discuss some limits of collective biography, including the problems of discontinuity, narrative central subject, and reification. I compare Thompson's class analysis with that of his contemporary historian Barrington Moore, Jr., as a way of highlighting the problem of representing class actors. I then propose an alternative approach that breaks down the analysis along the dimensions of economy, state, and civil society, in which class functions as a necessary but not exclusive medium of actor formation and historical agency. Finally, I introduce a few examples of historical research from the United States that illustrate the potential for this perspective.

KEYWORDS: Barrington Moore, Jr.; class formation; collective actors; E.P. Thompson; historical agency, narrative history.

El cincuenta aniversario de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson señala un extraño acontecimiento para la historia social y la sociología histórica. A pesar de que el libro fue un hito y tuvo una enorme influencia para generaciones de estudiosos e investigadores, su impacto hoy en día parece más lejano y reducido, como una obra clásica que realmente ya casi nadie lee. Muchos podrán argumentar que su enfoque y el tema tratado han sido sustituidos por otros debates, mientras otros niegan por completo la importancia de la clase como una categoría central para el análisis histórico y político. Irónicamente, el abandono intelectual de la clase social como variable durante las últimas décadas ha sucedido precisamente cuando la desigualdad económica ha aumentado bruscamente en muchos países y el mundo lucha por recuperarse de la crisis financiera capitalista global (Saez, 2013; Kristal, 2010; Stiglitz, 2010).

Sin lugar a dudas, muchas de las principales críticas al libro están bien fundamentadas, en particular la falta de atención al papel de Inglaterra como potencia imperialista mundial, la ausencia del género y otras categorías fundamentales de desigualdad social, y por la forma directa de interpretar la "experiencia" de la clase obrera (Linebaugh, 1982; Hall, 2002; Scott, 1999; Sewell, 1990).

Publicada en 1963, *La formación* es anterior a varios de los “giros” paradigmáticos –feminista, cultural, lingüístico, entre otros– que se han dado desde entonces en la historia y la sociología (Adams, Clemens and Orloff, 2005; Bonnell and Hunt, 1999). Al mismo tiempo, continúa siendo un trabajo de investigación sorprendentemente valioso y provocador. ¿Podemos extraer todavía hoy ideas para entender el papel de la clase en la historia?

Mi propósito en este trabajo no es retomar las –por otro lado, muy conocidas– críticas al libro, sino volver a él para encontrar recursos con los que estudiar la clase y la acción colectiva con perspectiva histórica. Basándome en el enfoque de Thompson, esbozo un modelo teórico de la construcción de los actores históricos más explícito. En este modelo, la clase funciona como un medio necesario pero no único de la formación de los actores y de la agencia política. Aclarando los términos del análisis, espero proporcionar un andamiaje conceptual con el que construir un relato sobre los actores y los acontecimientos.

Comenzaré revisando la interpretación de Thompson de la formación de clase en su libro, que describo como una forma de “biografía colectiva”. A continuación trataré algunos de los inconvenientes de la biografía colectiva y compararé brevemente el análisis de clase de Thompson con el del historiador, contemporáneo suyo, Barrington Moore, Jr. Finalmente, propondré un enfoque alternativo que desmonte el proceso de formación del actor a partir de las dimensiones de la economía, el Estado y la sociedad civil. Múltiples intereses e identidades emergen e interactúan en estos campos sin reducir el análisis a un único eje de clase, contrapuesto a otras categorías como la etnia o el género. Los actores colectivos pueden y, de hecho, se movilizan y actúan, aunque no siempre que lo desean, y esto se ha demostrado en momentos decisivos que han alterado las trayectorias establecidas de desarrollo institucional. Finalmente, presentaré algunos ejemplos de investigación histórica que ilustran el potencial de esta perspectiva.

Los procesos que aquí analizo suceden en y a través del tiempo, y la forma narrativa es la mejor manera para representarlos (Somers, 1997; Griffin, 1992). No comparto el prejuicio común en las ciencias sociales hacia la narración como un mero relato descriptivo (Gorski, 2013: 357). Al contrario, creo que todo buen análisis histórico de la acción colectiva debe ser tanto sociológicamente sólido, como dramáticamente convincente. Mi objetivo aquí no es otro que contribuir a que seamos más conscientes y rigurosos en la práctica de la narración, para escribir más clara y eficazmente sobre los temas que nos conciernen.

Cincuenta años después, el trabajo de Thompson todavía nos interpela a pensar en cómo podemos escribir sobre clase e historia. Como académicos y como escritores, depende de nosotros enfrentarnos a ese desafío lo mejor que podamos.

LA FORMACIÓN DE ACTORES HISTÓRICOS: BIOGRAFÍA COLECTIVA

En el prefacio de *La formación*, como es bien sabido, Thompson defiende que la clase social no es una estructura objetiva, sino “un proceso activo”, una relación dinámica y no una cosa. Más aún, la clase es un hecho, “algo que en realidad sucede (y se puede mostrar que ha sucedido) en las relaciones humanas” (Thompson, 1963 [a partir de ahora, MEWC]: 9)¹. Por definición, mejor que con un análisis estadístico que aísla y congela el tiempo, la clase puede captarse con una narración histórica que describa la evolución temporal de los hechos (MEWC: 11). Para Thompson, la clase obrera inglesa estaba “presente en su propia formación”, un agente histórico y sujeto consciente emergiendo en las relaciones o conflictos con otras clases. El proceso implica la formación de una subjetividad característica de la clase obrera o conciencia de clase, es decir, la articulación de una identidad colectiva de intereses por parte de distintos grupos de trabajadores, para ellos mismos y contra otras clases. La conciencia de clase es el producto de un prolongado proceso de desarrollo social y cultural y se manifiesta en costumbres populares, valores, organizaciones e instituciones (MEWC: 194).

Esta forma de representar la formación de clase puede ser descrita como una especie de “biografía colectiva”, y el propio Thompson escribió que su libro era “una biografía de la clase obrera inglesa desde su adolescencia hasta su primera edad adulta [sic]” (MEWC: 11). En este sentido, las clases no son simples variables o, incluso, resultados, sino personajes de una trama, integrados en un argumento narrativo y desarrollados a través de la interacción con otros personajes o actores colectivos. El desarrollo de la conciencia o cultura de clase, por lo tanto, aparece como el retrato biográfico de un protagonista histórico, un *Bildungsroman* del desarrollo moral de un sujeto colectivo obrero.

El proceso, por supuesto, sucede *in medias res*. Como Thompson sostiene, “Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución Industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre

¹ *N del T*: Mantenemos aquí la referencia a *La formación de la clase obrera en Inglaterra* en su título y edición original inglesa, *The Making of English Working Class* (MEWC) y las citas textuales del autor son a esta edición.

el inglés libre por nacimiento”, el heredero de las tradiciones artesanas y los derechos locales no olvidados, influidos ambos tanto por el radicalismo laico como por el Metodismo. La construcción de una conciencia de clase no fue en absoluto automática sino “un hecho de historia política y cultural, tanto como económica” (MEWC: 194). Los obreros en Inglaterra desplegaron una variedad de tradiciones y discursos para dar sentido y resistir la explotación económica y la represión política que sufrieron con la expansión de la industrialización capitalista a comienzos del siglo XIX.

Así, según Thompson, los trabajadores ingleses alcanzaron un sentido de conciencia colectiva entre los años 1790 y 1830 y, de este modo, consiguieron formarse como clase. Aunque manifiestamente receloso de la teoría, Thompson presenta dos claros argumentos empíricos sobre qué hace que una clase “se forme”: 1) el desarrollo de una conciencia de clase, reflejada en valores culturales populares, tradiciones intelectuales, formas de comportamiento comunitarias y una “sensibilidad” obrera, y 2) el correspondiente desarrollo de formas de organización política e industrial, incluidas instituciones obreras como los sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones populares, entre otras (MEWC: 194).

Sobre esta sencilla base conceptual, Thompson construye su sólida explicación de la formación de la clase obrera en Inglaterra. Dedicó enormes esfuerzos a aportar indicios y pruebas elementales con este propósito, y la fineza y densidad del argumento contribuye enormemente al impacto del libro (Sewell, 1990). Analizando su práctica historiográfica, podemos apuntar tres cosas: la atención por el detalle, los intentos por “rescatar” lo que no ha sido articulado históricamente y el problema estilístico de representar a los actores en la historia.

Thompson sostiene que la formación de la clase es un proceso de largo desarrollo y, sin embargo, su libro cubre un período de tan sólo cincuenta años aproximadamente, no demasiado en términos macro-históricos. Más aún, su preocupación por la particularidad es tal que rehúsa generalizar más allá de Inglaterra, incluso a Escocia y Gales, a pesar de escribir un libro de más de 800 páginas (MEWC: 13). Este decidido particularismo, concreción y compromiso con el lugar estudiado sirve para cimentar la imagen de unos trabajadores actuando como sujetos únicos, independientes, en la formación de sí mismos como clase. También acentúa la importancia de capturar las voces y experiencias perdidas del pobre tejedor, el aparcerero ludita, el artesano utópico y otros, para afirmar su presencia en la historia y las realidades vividas de la clase.

En este sentido, se debe reconocer el mérito de Thompson por sus ambiciosos intentos de llegar a los obreros analfabetos, los movimientos clandestinos y las masas de gente que dejaron poco o ningún registro de su existencia. Como escribe Sewell, la versión de Thompson de la historia de la clase obrera incluye “tradiciones políticas y religiosas populares, rituales artesanos, conspiraciones e insurrecciones clandestinas, canciones populares, sermones milenaristas, cartas anónimas con amenazas, himnos metodistas, peleas de perros, ferias y festivales, bailes regionales, listas de apoyo a los fondos de resistencia, timos de los mendigos, casas de contratación, iconografía de la publicidad impresa, libros de cuentas de los agricultores, jardines de los tejedores, y un interminable etcétera” (Sewel, 1990: 50). El alcance de la imaginativa reconstrucción de Thompson ensanchó radicalmente las fronteras de la investigación e hizo posible una nueva visión de la historia social “desde abajo”.

Al mismo tiempo, la historia de lo inarticulado plantea problemas de interpretación, y Thompson construye en ocasiones posibles escenarios de hechos y personas de los que prácticamente no existe ninguna prueba directa. En ocasiones están tan magníficamente escritos que, incluso sin datos sólidos, el lector está convencido de que esas personas debieron haber existido. Veamos aquí un simple ejemplo sobre el papel de la inmigración irlandesa clandestina:

No podemos citar biografías reales (¿qué irlandés hubiese confesado, ante un tribunal inglés, que había pertenecido a los Carderos o a los Levellers?) pero, sin duda, algunos inmigrantes trajeron con ellos las tradiciones de estas organizaciones secretas... El movimiento rápido de hombres con los rostros tiznados por las noches, el robo de armas, el desjarretado de caballos y reses: esos eran métodos para los cuales muchos irlandeses habían tenido un entrenamiento (MEWC: 442).

Como señala Edmondson (1984: 24), este tipo de estrategia retórica se denomina hipotiposis o “proporcionar una descripción tan vívida que el lector imagina el suceso como si estuviera ocurriendo delante de sus ojos.” En el capítulo final de *La formación*, sobre ‘La conciencia de clase’, Thompson muestra una especial admiración por el estilo literario del polemista William Cobbett: “[D]ondequiera que estuviese, Cobbett obligaba siempre a sus lectores, con la inmediatez de su visión, la confusión entre reflexión y descripción, la solidez del detalle y la sensación física de lugar, a identificarse con su propio punto de vista.” (MEWC: 752). Uno no puede dejar de pensar aquí en E. P. Thompson.

Podemos reconocer los esfuerzos de Thompson por captar aquellos fenómenos sociales empíricos que por su propia naturaleza no dejan huellas visibles. Este es un reto constante para los historiadores de la clase obrera, los pobres y la gente marginada en general, especialmente cuando se trata de recuperar la huella de la acción popular. Thompson realmente proporciona datos sobre cuestiones como la venta y distribución de los principales autores y periódicos radicales, el alcance de la participación en las manifestaciones, la formación de instituciones como los sindicatos, la construcción de la *Rotunda* en los Ranelagh Gardens londinenses, y la estructura y valores de las sociedades de socorro mutuo. En ocasiones, sin embargo, sus esfuerzos pueden resultar apabullantes por su alcance. Thompson especula en un momento dado sobre “un cambio radical en la opinión de las masas, alguna alteración subterránea en su actitud” (MEWC: 116). Esos cambios son, sin duda, posibles, pero deberíamos preguntarnos cómo las propias masas populares los entendieron o reconocieron.

LOS LÍMITES DE LA BIOGRAFÍA COLECTIVA: EL PROBLEMA DE LA AGENCIA

El modelo de biografía colectiva no es específico de Thompson o de la investigación sobre clases. Podemos rastrear un acercamiento similar en la sociología clásica estadounidense en el campo de los “estudios de comunidades” urbanas. Un ejemplo paradigmático sería *Black Metropolis* (1945), de St. Clair Drake y Horace Cayton, un seguimiento etnográfico del desarrollo de la comunidad negra en el sur de Chicago en la primera mitad del siglo XX. Significativamente, Drake y Cayton dividen su libro en dos partes. El Volumen Uno describe la experiencia de migración urbana de la población afroamericana y su segregación estructural del resto de la ciudad. El Volumen Dos muestra la creación local de instituciones sociales y culturales, y el desarrollo de la conciencia racial, dentro de la comunidad negra, o lo que los autores llaman “Bronzeville”.

Las ventajas de la biografía colectiva son el énfasis en la auto-organización popular y en las formas en que la gente construye su propio sentido de identidad colectiva y de interés. Metodológicamente, enmarcar la historia de los grupos subalternos desde el punto de vista de un movimiento intencionado de mayor alcance, puede dar significado a la infinidad de acciones locales e individuales para las que los datos son, inevitablemente, insuficientes.

Al mismo tiempo, el modelo no está exento de límites. Entre estos, la aceptación de la continuidad en el desarrollo de los actores colectivos, la exclusión de otras identidades de la narrativa de la formación de clase, y el problema de la cosificación.

A pesar de todas las dificultades y reveses que se encontraron los trabajadores, la historia de Thompson es la de la construcción acumulativa de un movimiento obrero independiente en Inglaterra anterior a 1830. Sin embargo, el final del libro anuncia un punto de inflexión, y tras la cima del Cartismo, su desarrollo seguiría un camino muy distinto. “En todo caso”, como señala Anderson (1980: 45), “es la *discontinuidad*, no la *continuidad*, la clave de la historia de la clase obrera del siglo XIX [énfasis en el original].” Las décadas posteriores verían una “re-hacer” de la clase obrera inglesa en relación a su tamaño, composición por ocupaciones, concentración urbana e integración nacional, así como en sus pautas culturales y relación con el Estado (Stedman Jones, 1983; Hobsbawm, 1984). Si la biografía colectiva asume la continuidad en el proceso de la formación de clase a lo largo del tiempo, lo que vemos, en cambio, en Inglaterra y en otras partes son una serie de fracturas o reconstrucciones extremas del terreno económico, cultural y político. El “reparto de personajes” no se mantiene estable; pueden surgir actores cualitativamente diferentes, de distintos orígenes sociales y con identidades colectivas diferentes, no todas ellas centradas necesariamente en la clase.

Esto nos conduce a otro problema relacionado. Contrario a la teoría abstracta, Thompson afirma que “La clase la definen los hombres (sic) mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, ésta es su única definición.” (MEWC: 11). ¿Qué sucede, por tanto, si la formación de clase parece perder su importancia funcional entre los trabajadores? Si el análisis de clase se basa en la demostración empírica de la conciencia de clase y la movilización, entonces su aparente ausencia podría interpretarse como que la clase ya no importa realmente, o que su historia habría llegado a su fin (Clark, Lipset y Rempel, 1993; Fukuyama, 1992). Sin un análisis del contexto socioeconómico y político, los altibajos en la protesta no son, por sí solos, un criterio suficiente para identificar la clase o su relación con otras dinámicas de formación de grupos o de lucha.

Analizar estas dinámicas, múltiples y frecuentemente interrelacionadas, es complicado en la medida que definimos a un solo grupo o movimiento, de clase o de otro tipo, como nuestro principal sujeto narrativo (Abbott, 1992; Hull, 1975). Desde su propio punto de vista, cada movimiento histórico gira en torno a un eje central de desigualdad social, formación de grupo e identidad cultural, en el que

las formaciones alternativas aparecen como fenómenos marginales o separados, tramas secundarias o desviaciones del camino narrativo principal. Por lo tanto, *bien* la clase, *bien* el género, *bien* la etnia se utilizan como principio de organización principal, sin mostrar cómo estos pueden darse simultáneamente o interactuar entre ellas.

Por último, la metáfora biográfica implica que las clases, una vez formadas, persisten como entidades independientes, orgánicas, al igual que las personas adultas. Existe una tendencia a tratar a los actores colectivos como actores individuales a escala mayor, con el riesgo que eso implica de reificar o esencializar la cultura del grupo. A pesar de la insistencia de Thompson, por principio, en la construcción social, la noción de un sujeto colectivo puede fácilmente sobreestimar la conciencia de clase y la intencionalidad y deslizarse hacia una entidad objetiva, sólida, como las estáticas categorías del Marxismo estalinista, un Proletariado con “P” mayúscula. El resultado es paralelo a lo que Paul Gilroy (1990: 266) ha llamado “absolutismo étnico”, en el que la cultura se convierte en “una propiedad fija de los grupos sociales, más que en un campo relacional en el que se encuentran el uno con el otro y hacen que se materialicen relaciones sociales históricas.”

Uno de los principales propósitos de la biografía colectiva es el deseo de entender los grupos subalternos como sujetos activos. Un enfoque centrado en los procesos internos de formación social y cultural, sin embargo, puede socavar la comprensión de la agencia histórica. El libro de Thompson se ocupa fundamentalmente de cómo los trabajadores fueron capaces de convertirse en una clase, y mucho menos de la forma en que fueron capaces de hacer historia *como una clase*. El punto álgido del libro es la lucha por la reforma del sistema electoral, que representa una significativa derrota para la clase obrera. Como respuesta a las fuerzas estructurales, los grupos pueden desarrollar instituciones sociales autónomas o culturas de resistencia, pero no siempre queda claro cómo éstas pueden producir un cambio social más amplio. Thompson sostiene que en 1832 “Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis durante esos doce meses, en los que la revolución fue posible”, aunque de hecho ésta no sucediera finalmente por otras razones (MEWC: 808). ¿Seguimos, pues, sin una imagen clara del tipo de revolución que esperaríamos que un movimiento obrero debe producir?

Podríamos apartarnos por un momento del trabajo de Thompson y preguntarnos si existen formas alternativas de representar el conflicto de clase y el cambio político. A modo de contraste, podemos comparar *La formación* con otro libro

emblemático que apareció casi al mismo tiempo e, igualmente, tuvo una enorme influencia. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1966², a partir de ahora *Los orígenes sociales*), de Barrington Moore, ofrece un análisis desde una perspectiva muy diferente: Donde Thompson es local y particular, Moore ofrece una comparación de gran alcance de revoluciones y conflictos civiles en media docena de poderosos estados-nación a través de los siglos y alrededor del mundo. Moore también persigue un objetivo muy distinto –una explicación causal de los orígenes de las instituciones del Estado moderno desde la transformación del feudalismo al capitalismo–, pero podemos destacar algunos aspectos de su análisis para afinar los problemas de representar la clase y la acción colectiva.

¿ACTORES PERO NO SUJETOS? EL ANÁLISIS DE CLASE DE BARRINGTON MOORE

Aun partiendo también del marxismo tradicional y la teoría sociológica, Moore lleva a cabo un acercamiento al concepto de clase sin duda más objetivo. Su definición comienza a partir de la relación de los grupos con los medios de producción; en las sociedades agrarias esto significa fundamentalmente la relación con la tierra. Moore identifica una serie de clases y fracciones de clases: las clases altas terratenientes (incluyendo la aristocracia tradicional, la *gentry* del mercado agrícola, la *yeomanry* (los grandes propietarios de tierra) y varios estratos entre ellos), el campesinado rico y pobre (desde los pequeños propietarios y los aparceros acomodados a los jornaleros sin tierra), la burguesía urbana y sus diversos lazos con las clases altas terratenientes, funcionarios estatales, artesanos urbanos y “plebeyos”.

La importancia de estas categorías depende de la estructura social en cada sociedad y de las variables relaciones de producción en el proceso de modernización (*Los orígenes sociales*: 36-38). Sin embargo, con el fin de llevar a cabo su análisis comparado, Moore se basa necesariamente en aquellos conceptos de clase que tienen una base objetiva y permanecen constantes a través del tiempo y el espacio. De este modo, los *yeomen* (pequeños propietarios ingleses) del siglo XVI son comparables a los *kulaks* (campesinos propietarios) rusos de comienzos del siglo XX, y los hacendados del sur estadounidense del siglo XIX,

² *N del T*: Se refiere el autor a la edición original en inglés. Edición disponible en castellano: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1976.

comparables a los *Junkers* alemanes. Estas categorías forman la base de las variables comparativas fundamentales de Moore: la relación de las clases altas terratenientes con el Estado, la respuesta que estas clases dan a las necesidades de producción del mercado, los vínculos entre las clases altas rurales y urbanas y el papel del campesinado.

Al igual que Thompson, Moore sostiene que los datos cuantitativos de carácter estadístico suelen ser indicadores insuficientes y engañosos acerca de los intereses y las demandas colectivas. Estos requieren, en cambio, una visión cualitativa de las condiciones estructurales y las elecciones mediadas a las que se enfrentan los actores (*Los orígenes sociales*: 36-37). Además, Moore –de forma característica– interpreta esta cuestión desde el punto de vista de los individuos que son miembros “representativos” de su clase o grupo (ibid: 24; 41; 55). Edmonson (1984: 95) describe este tipo de figura literaria como una forma de inducción retórica, que ella llama *epitome*, o la construcción de la “imagen de una figura cuya función textual es demostrar lo que se puede esperar de los miembros del grupo en cuestión.”

Al mismo tiempo, Moore niega con frecuencia que las clases tengan cualquier tipo de auto-conciencia colectiva coherente en sus acciones, y mucho menos de sus consecuencias (*Los orígenes sociales*: 50-52; 246). Escribe, por ejemplo:

*De ahí que, al desplegarse los avatares dramáticos de la Revolución [Puritana] y encontrarse enfrentados los individuos con acaecimientos que no podían controlar y cuyas implicaciones no podían prever –en otras palabras, al avanzar y retroceder el proceso de polarización revolucionaria–, muchos de ellos, ya en encumbrada ya en humilde posición, se sintieran terriblemente apurados y sólo pudieran decidirse con enormes dificultades. Lealtades personales podían arrastrarles en dirección opuesta a principios que sólo seguían a medias, y viceversa (*Los orígenes sociales*: 18).³*

Para Moore, las clases, como entidades colectivas organizadas, no actúan: son los miembros de las clases los que lo hacen. Incluso miembros de la misma clase pueden percibir sus intereses a través de diferentes marcos ideológicos y llevar a cabo líneas de actuación distintas.

³ *N del T*: Ofrecemos aquí la traducción disponible de la edición en castellano (*op cit.* 1976).

Así, parte de la *gentry* inglesa tuvo éxito al adoptar decididamente una actitud y comportamiento comercial, mientras otros que no lo hicieron se estancaron y, finalmente, desaparecieron (*Los orígenes sociales*: 15).

El análisis histórico muestra un rango limitado de variación en las opciones disponibles; los actores deben escoger entre diferentes formas de integración con otros actores de la sociedad. El conflicto de clase, por tanto, implica un conflicto entre formas de organización social opuestas, y los miembros de las clases altas y bajas perciben sus intereses y se alían entre sí para defender formas de organización social y política existentes o emergentes. Los actores colectivos estructuralmente constituidos atraviesan el cambio histórico como grupos o individuos en movimiento dentro de un terreno inestable, y las clases que prevalecen son las que logran reorganizarse mediante la adaptación o imposición de nuevas condiciones de existencia social (*Los orígenes sociales*: 8n; 38).

El significado de la lucha es más importante que el origen de los actores; los análisis sobre los orígenes sociales de los actores, de diferentes extremos, no logran mostrar que el conflicto es entre proyectos hegemónicos opuestos (*Los orígenes sociales*: 518). Los conflictos entre distintas fracciones de clase se entrecruzan y las alianzas de clase se forjan a través de la formación o la destrucción de instituciones políticas determinantes. De esta forma, la Star Chamber unió al Rey de Inglaterra con el campesinado contra la aristocracia, la aristocracia francesa se unió a través de los *parlements* y, en general, la destrucción de las instituciones campesinas fue una condición necesaria para el triunfo de las clases terratenientes.

Al contrario que Thompson, sin embargo, Moore tiene poca fe en la eficacia de la rebelión popular. Las revoluciones surgen de crisis estatales o del fracaso de las alianzas entre las clases dirigentes, no del desafío de los movimientos sociales o revueltas desde abajo (*Los orígenes sociales*: 16; 70). Incluso en el caso de China, Moore sostiene que la solidaridad campesina se logró más por la invasión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial que por cualquier rebelión o por la construcción deliberada de una organización de masas. Sorprendentemente, presta más atención en su análisis al Kuomintang, al que considera una mezcla entre fascistas incompetentes y absolutos mafiosos, que al Partido Comunista Chino (*ibid.*: 223). Moore también subestima claramente las tradiciones y valores culturales como factores explicativos, considerándolos el reflejo del cambio de las circunstancias y los intereses materiales. Pero esta postura no es fruto de ningún prejuicio intelectual, sino del temor a que las ideologías de los poderosos impongan un sesgo conservador. Como escribe en la conclusión del libro:

No podemos pasar sin alguna concepción de cómo percibe la gente el mundo y de qué quieren o no quieren hacer en lo que ven. Desligar esa concepción de la manera como la gente llega a ella, sacarla de su contexto histórico y elevarla a la categoría de factor causal independiente por derecho propio significa que el investigador supuestamente imparcial sucumbe a las justificaciones que los grupos dirigentes suelen dar en defensa de la más brutal conducta (Los orígenes sociales: 487).

El enfoque de Moore devuelve la atención a las bases estructurales del conflicto de clase como un problema para la integración social y política. Mientras que para Thompson el Estado inglés de comienzos del siglo XIX era poco más que un aparato corrupto, reaccionario y represivo, Moore tiene una opinión más firme sobre el modo en que las instituciones políticas reúnen a las fracciones de clase en un proyecto hegemónico, revelando el carácter clasista de esas instituciones incluso en momentos de estabilidad relativa. Su análisis también se inclina más a explicar las discontinuidades o las reconstrucciones del terreno social y político al crearse o destruirse las instituciones. Evita la cosificación a costa de negar cualquier tipo de auto-conciencia cultural o subjetividad colectiva. Esto hace que sea más difícil representar a las clases como actores en una narración histórica.

Estos problemas nos llevan a probar un enfoque diferente. El objetivo es desarrollar una explicación de la formación del actor capaz de precisar los efectos de la estructura de clases sin presentarla como una categoría exclusiva de la desigualdad social y la filiación a un grupo. Además, debemos tener en cuenta la discontinuidad institucional, en la que el resultado de los acontecimientos puede producir consecuencias significativas para el desarrollo posterior. Por último, el reto es superar la cosificación sin sacrificar la agencia, para mostrar que los actores colectivos se construyen socialmente, pero también exponer cómo interactúan entre sí y cómo, en algunas circunstancias, pueden convertirse en factores causales por sí mismos.

LA FORMACIÓN DE CLASE Y LOS ACTORES COLECTIVOS: UN MODELO

Podemos comenzar a desarrollar un marco alternativo volviendo sobre el problema del diseño narrativo, empezando por las corrientes enfrentadas sobre la construcción del actor. Más que elegir un actor específico como sujeto principal de la narración, podemos reorientar el punto de vista hacia un lugar concreto, como un marco relacional o un escenario donde diferentes grupos interaccionan

de distintas maneras (Rhomberg, 2004). En *La formación*, Thompson fue, como hemos visto, enormemente fiel al sentido del lugar, pero sin ofrecer una definición explícita del lugar como contexto analítico. Sin embargo, tal y como han señalado otros autores, el “lugar” no es una entidad fija, y sus límites son el objeto de fuerzas estructurales y conflictos políticos (Isaac, 1997; Ethington y McDaniel, 2007). Sin embargo, tanto a escala urbana como regional, nacional o global, el lugar sirve como configuración local y espacio de observación del nexo histórico entre las estructuras económicas, las instituciones políticas y las relaciones sociales. Éstas producen las condiciones contextuales para los procesos más cercanos de construcción del actor y para la interacción.

¿Cómo contribuyen estas causas al proceso de construcción de los actores? Thompson, por supuesto, rechazó cualquier tipo de determinación estructural, subsumiendo el impacto de las relaciones de producción dentro de la “experiencia” de los trabajadores, preservando así la primacía de la agencia humana. El concepto de “experiencia”, sin embargo, fue después criticado rotundamente por la crítica culturalista que insistía en que las condiciones objetivas se ven siempre mediadas por el discurso, tanto para los trabajadores como para los historiadores (Eley y Nield, 2007). Sin tomar partido a favor de la estructura o de la agencia, podemos admitir ambas en cuanto diferentes niveles de análisis (Sewell, 1990). La importancia de la estructura económica no descansa en ninguna forma de constitución de la experiencia o la subjetividad, sino en la creación del fundamento social para la formación de grupos y en los potenciales conflictos sistémicos.

El análisis de la estructura social llama la atención sobre las rotundas desigualdades entre grupos en términos de acceso y control de los recursos (Tilly, 1998). Las estructuras encarnan de forma duradera relaciones desiguales y contradictorias y, por consiguiente, producen de forma recurrente problemas de integración y orden social. Una estructura de trabajo asalariado provoca, para los empleadores, problemas de reclutamiento, pago y control de la fuerza de trabajo y, para los trabajadores, problemas para asegurar el empleo, los ingresos y la regulación del trabajo. Las estructuras urbanas producen condiciones compartidas de consumo colectivo para los residentes, así como competencia con otros usuarios de los espacios, al tiempo que el auténtico mercado capitalista divide la propiedad de los inversores, pequeños propietarios e inquilinos (Castells, 1983: 294; Harvey, 1989). En cada caso, la posición estructural que ocupan los actores les provee o priva sistemáticamente de recursos y beneficios.

Procesos de cambio macro-históricos como el de urbanización o migración afectan de manera profunda al potencial de los grupos para auto-organizarse a través de los cambios en el tamaño de la población y las variables demográficas, ubicación del tejido asociativo, concentración ecológica y medios de comunicación. Estos factores subrayan las ventajas de la postura de Thompson en la discusión sobre el movimiento obrero, que mantuvo durante mucho tiempo una base artesanal. Aún en 1830 los levantamientos de agricultores fracasaron en su intento de organizarse mínimamente con los trabajadores urbanos, e incluso en Londres, sostuvo Thompson, “seguía existiendo un amplio abismo entre [los artesanos] y los obreros y trabajadores de los oficiosos deshonrosos” (MEWC: 228, 813). Es más, desde un punto de vista numérico, “El segundo grupo más numeroso, tras los trabajadores agrícolas, durante el período completo de la Revolución Industrial era el servicio domestico” (MEWC: 211).

El enfoque estructural, por tanto, identifica las líneas de fractura social y las condiciones de desigualdad que afectan a los diferentes grupos. Sin embargo, por sí mismo el análisis estructural no es capaz de explicar los intereses políticos concretos, el posicionamiento de las fracciones de clase a favor o en contra de otros grupos, o la forma y la acción del Estado; como tampoco explica el resultado de movilizaciones concretas. Resumiendo, la estructura económica de clases es un factor explicativo necesario pero insuficiente de los patrones del conflicto de clase. Para ello necesitaremos extender el análisis al terreno del Estado y la sociedad civil.

Dentro de la tradición marxista, los teóricos de hoy distinguen generalmente el análisis de la estructura económica del análisis de la política institucional y del Estado (Aronowitz y Bratsis, 2002; Jenkins y Leicht, 1997). Estos últimos forman parte del contexto causal de los actores en tanto en cuanto conforman activamente el ejercicio del poder y el terreno político para todos los grupos. El Estado conforma el terreno político a través de las fuerzas represivas de control social; su actividad “infraestructural” incluye la promoción selectiva y la extracción de recursos de la economía y de la población bajo su autoridad, así como su capacidad administrativa para definir e impulsar políticas y su regulación de los canales a través de los cuales los grupos reclaman su acceso al Estado (Jenkins, 1995; Jessop, 2002). Los intereses concretos emergen desde el terreno de la política y dependen de las oportunidades estratégicas para la acción, las posibilidades de establecer alianzas y de lo que es y puede llegar a ser un “problema”. Por tanto, la aparición del conflicto de clase en Inglaterra adquirió la forma de lucha, no por el socialismo, sino por la democracia y los derechos de los ingleses “nacidos libres” (McCann, 1997: 81-84).

Durante esa lucha, los conflictos pueden alcanzar momentos críticos que propician la victoria o la derrota en la consecución de los objetivos del movimiento. Tal y como han demostrado los teóricos del institucionalismo histórico y la “path dependency”, una serie de retroalimentaciones causales o mecanismos “cerrados” pueden recrear aquellos acuerdos e impulsar un mayor desarrollo bajo condiciones institucionales consolidadas (Pierson, 2004; Mahoney, 2000). Los acontecimientos importan, y sus resultados pueden provocar discontinuidades en la formación de los actores colectivos. La derrota del Cartismo, por ejemplo, sentó las bases de la política británica durante una generación y obligó al movimiento obrero a seguir un camino diferente del que venían recorriendo (Stedman Jones, 1983: 237).

El análisis centrado en el Estado o en las instituciones enfatiza los límites de la inclusión y la exclusión del sistema político, la construcción política de los intereses y los posicionamientos, y la perdurabilidad de las relaciones de poder. Además, mientras estos enfoques ponen el acento en la *canalización* de la movilización popular, siguen sin explicar los *orígenes* de la insurgencia misma, cómo identidades opuestas se desarrollan entre los excluidos, o cómo éstos desafían a los regímenes.

Para atender estas preguntas podemos recordar la definición que ofrece Thompson de la conciencia de clase, compuesta de 1) la manifestación popular de una identidad basada en el interés común de los trabajadores contrario al de otras clases, y 2) la creación de instituciones políticas e industriales consecuentes. La conciencia de clase está en todo caso mediada: depende de la rearticulación de las tradiciones, experiencias e intereses de los distintos grupos de trabajadores en torno a un discurso cultural común que permite a las personas reconocerse entre ellas y actuar como un sujeto colectivo o clase unificada (McCann: 85). Thompson de hecho muestra una concepción sutilísima de cómo la ideología define las fronteras de clase: así, en contra del miedo y la reacción de la clase media, la herencia radical de la libertad de expresión y los derechos civiles es recibida por trabajadores y artesanos (MEWC: 182). De una forma parecida, las diferencias ideológicas definen los límites de la conciencia de clase; por ejemplo, la crítica a Malthus y a la Economía Política fue un elemento decisivo en la prevención de que una ideología autónoma de la clase obrera sucumbiera ante la hegemonía de la clase media (MEWC: 773).

Thompson asentó su enfoque sobre la cuestión de la conciencia; sin embargo, a partir del giro cultural podemos repensar esto en términos de mediación del discurso y de marcos de significado (Steinberg, 1991: 266-267). Estos procesos no

ocurren solamente dentro del grupo sino también en los distintos espacios de la esfera pública (Fraser, 1992; Eley, 1992). La construcción de la clase, el género, la raza y otras identidades surge de una disputa y negociación cultural de gran alcance que se caracteriza por la innovación, oposición y fusión de elementos discursivos. Estas construcciones no están ni aisladas unas de otras ni son infinitamente variables sino que ocurren en campos específicos donde su interacción puede ser rastreada históricamente.

Asimismo, la formación de organizaciones políticas e industriales se da en el campo de la sociedad civil, con su diversidad de religiones, etnias, vecindarios y otras formas de asociación voluntaria así como en la esfera, más informal, de los “familiares y amigos”, redes personales de apoyo y mutua dependencia y la familiaridad de la vida cotidiana. Las múltiples vías para la formación de grupos se encuentran las unas con las otras a través de estas matrices, pero la sociedad civil no produce revueltas automáticamente. Los grupos subordinados están fracturados por contradicciones estructurales y divididos por la herencia de organizaciones anteriores y por el conflicto político, al tiempo que la sociedad civil alberga relaciones de poder jerárquicas y restrictivas.

La ambivalencia de la sociedad civil subraya la importancia de movimientos sociales especializados como agentes estratégicos, que interactúan con los valores y las relaciones de la sociedad civil para convertir grupos en actores colectivos. En sentido estricto, las clases no se hacen a sí mismas, aunque tampoco son hechas desde fuera, por vanguardias o élites. Núcleos concretos de trabajadores reaccionan ante la explotación económica y la opresión política generando culturas de resistencia y organizaciones activas que tratan sucesivamente de implicar a una comunidad más amplia. Parafraseando al sociólogo C. Wright Mills, los movimientos organizados convierten problemas privados en asuntos públicos, transformando la experiencia compartida de la desigualdad y sus tradiciones de acción en identidades de oposición cohesionadas y en la definición de objetivos específicos, alianzas y demandas políticas.

La combinación de procesos económicos, políticos y culturales puede producir puntos de inflexión donde los actores se enfrentan abiertamente en la esfera pública. Estos momentos no sólo reflejan la quiebra de instituciones establecidas sino la posibilidad de que los actores en conflicto puedan tener recursos suficientes u obtener ventaja para “aprovechar el momento”. Los movimientos sociales desafiantes se suman a la acción colectiva para cambiar su mundo, para poner freno a la reproducción de un orden de dominación y cambiar el destino de su futuro desarrollo tanto económico como político o cultural (Schwartz y

Paul, 1992). El impacto de sus acciones puede ser medido por sus efectos sobre los procesos de desigualdad estructural en marcha, las instituciones políticas y la organización de la sociedad civil.

Concluyendo, cada lugar dado muestra una interrelación de fuerzas económicas, poder político y corrientes del discurso cultural. Los actores desafiantes se manifiestan y movilizan en este contexto, y participan de la acción colectiva. A su vez, estas acciones producen resultados que pueden afectar al contexto subyacente y al proceso continuo de formación de actores.

CONCLUSIÓN: REESCRIBIENDO EL CONCEPTO DE CLASE Y DE ACCIÓN COLECTIVA

Las cinco décadas transcurridas desde la publicación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* han visto un torrente de investigación académica sobre la historia de los grupos subalternos y sus desafíos al poder establecido. El libro, en su día, abrió nuevos caminos y nos sigue inspirando hoy a la hora de pensar en cómo se forman los actores colectivos populares y cómo podemos contar su historia. A medida que hemos avanzado en el conocimiento de las complejidades de la “historia desde abajo”, sin embargo, se ha vuelto más difícil captar con claridad el papel que cumple la clase y su relación con los procesos de cambio social.

En este artículo, me he apoyado en el ejemplo de Thompson para aclarar las condiciones para un análisis narrativo de la clase y la acción colectiva. Aunque Thompson insistió en que la “formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica” (MEWC: 194), y su libro recoge un torrente de vívidos ejemplos sobre tales acontecimientos, no teorizó de manera explícita sobre el Estado ni la sociedad civil como ámbitos donde la formación de la clase se da junto con otras relaciones de poder y formación de grupos. El problema no es la amplitud o la densidad de pruebas plasmadas en la narración histórica del caso, sino especificar las dinámicas causales implicadas y el espacio para la acción.

Aquí propongo un marco de análisis que trate de hacer esas relaciones más transparentes. Resuelve el problema de las múltiples corrientes de la formación de actores tomando un lugar específico o espacio de relaciones de acción como el centro de la narración y contexto causal, permitiendo la aparición e interacción de distintas identidades y grupos a lo largo del tiempo. Este marco de análisis identifica las dinámicas que acontecen en el ámbito económico, político y

cultural sin reducir la explicación a un solo factor y permite un análisis narrativo riguroso de la historia “densa” sin caer en un empiricismo simple. Los actores están contruidos socialmente e incrustados en su contexto, pero de su encuentro mutuo surgen opciones de elección estratégica y la posibilidad de cambiar las cosas.

Este enfoque no rechaza el análisis estructural o de clase, sino que prefiere atender al singular impacto que tiene la clase entre las distintas fuerzas sociales. Derribando el enfoque mutuamente excluyente sobre los conflictos sociales podremos apreciar los complejos caminos a través de los que se construye la clase, así como aquella parte de los conflictos que pueden no estar estrictamente relacionados con la clase. Además, esta perspectiva de análisis evita la reificación al situar a los actores dentro del flujo temporal de los acontecimientos, donde los resultados de la acción colectiva pueden frustrar vías de desarrollos preexistentes, incluidos los procesos en marcha de formación de actores.

Aunque sus trabajos se sostienen por sí mismos, podemos hacernos una idea de cómo funciona este enfoque mirando algunos estudios recientes sobre la clase, la raza, el género y la movilización popular en la historia de América. Por ejemplo, el sociólogo Moon-Kie Jung (2006) ha escrito sobre la extraordinaria transformación del movimiento obrero en Hawai desde finales del siglo XIX hasta mitad del siglo XX. Surgida durante la época colonial, una clase capitalista *haole* de comerciantes y propietarios que controlaba las industrias del azúcar y la piña, además del puerto, afrontó su creciente necesidad de mano de obra reclutando inmigrantes de Portugal, Japón y Filipinas para trabajar junto a los hawaianos nativos. Estos grupos fueron puestos a competir entre sí y con frecuencia hicieron de esquirols los unos contra los otros, contribuyendo a acentuar las hostilidades y una jerarquía social en la que cada grupo se enfrentaba a formas propias de racialización. Sin embargo, durante un corto periodo de tiempo entre las décadas de los años treinta y cincuenta, la mayor parte de las compañías se fusionaron y los trabajadores acabaron construyendo una solidaridad interracial duradera que reformaría profundamente la cultura política de las islas.

A principios de los años treinta, un conjunto de fuerzas políticas y sociales abrieron un espacio para las demandas populares. Las oportunidades institucionales llegaron por la intervención de la metrópolis a través de la promulgación de una nueva Ley Nacional de Relaciones Laborales.

Y lo que es más importante, el movimiento de los trabajadores hawaianos obtuvo el apoyo decisivo del Sindicato Internacional de Estibadores y Almaceneros (ILWU en sus siglas en inglés) de la costa oeste de Estados Unidos.

Como apunta Jung, los sociólogos han entendido la raza como un obstáculo para la conciencia de clase y asumido su desaparición como condición necesaria para la unidad de clase. Por el contrario, él demostró que la organización del ILWU aludía continuamente a las experiencias de discriminación racial de los trabajadores. Los sindicalistas destacaban la estrategia de “divide y vencerás” de los empresarios, enmarcándola en un pasado compartido que ahora unía la historia particular de cada grupo dentro de un relato común de solidaridad interracial. El resultado, señala Jung, no fue el de una “sustitución de la conciencia racial de los trabajadores por la conciencia de clase, sino la representación de ambas como compatibles y de refuerzo mutuo” (2006: 164).

Esta rearticulación ideológica dejó al sindicato en una posición ventajosa ante los acontecimientos de la segunda guerra mundial y los años posteriores. El fundamento de la solidaridad interracial fue crucial para el triunfo del movimiento sindical en varias huelgas decisivas durante la posguerra, afianzando el relato de solidaridad colectiva. Los trabajadores también superaron el marco discursivo del “divide y vencerás” durante la reacción anticomunista de finales de los años cuarenta, permitiendo a los sindicatos y a los líderes de la izquierda sobrevivir y ejercer un influjo perdurable en el posterior desarrollo político de Hawai.

En un caso más próximo en el tiempo, las historiadoras Eileen Boris y Jennifer Klein (2006) han estudiado el movimiento de los cuidadores a domicilio en Estados Unidos, que son en su mayoría negros, latinos y mujeres inmigrantes. Estos trabajadores ofrecen cuidados a domicilio para la higiene personal, cocina y limpieza, hacen la compra y acompañan a ancianos, personas ciegas, discapacitados u otros clientes. Se trata de un empleo tradicionalmente mal pagado, con escasa estabilidad laboral y escasas prestaciones asociadas. Los trabajadores son contratados directamente por los clientes o a través de organizaciones no gubernamentales y normalmente trabajan solos en hogares privados, si bien en la mayoría de los casos es el Estado quien paga por sus servicios y quien define el estatus legal de su trabajo y sus labores.

El sector del cuidado a domicilio es en sí mismo un producto de la evolución de las políticas de bienestar en relación con los ancianos y los discapacitados, pero los trabajadores fueron abandonados con sus pocos derechos y su ambigua relación contractual. Culturalmente, este tipo de labores eran trabajo “invisible”

que han desempeñado tradicionalmente mujeres dentro de la familia. A partir de la década de los treinta, la legislación laboral federal que regula el salario, la jornada laboral y los derechos sindicales excluyeron a las empeladas del hogar. Al mismo tiempo, senadores conservadores del sur se negaron a la regulación del “servicio doméstico” -en el sur, formado fundamentalmente por afroamericanos- y el acceso a otras prestaciones federales. La devaluación del trabajo de cuidados domésticos persistió y enlazó con otros aspectos institucionales del sistema de bienestar: a nivel estatal, las autoridades responsables consideraron con frecuencia el trabajo de cuidados a domicilio como una oportunidad para empujar a las mujeres pobres hacia trabajos mal pagados y fuera de los subsidios más básicos.

Para los trabajadores de la asistencia domicilio, por tanto, la lucha no fue tanto por un mejor salario como por el derecho a ser considerados trabajadores plenamente reconocidos, para redefinir su trabajo como algo digno de la misma protección que la de los demás empleados. En estados como California y Oregón, el movimiento forjó alianzas con organizaciones de personas mayores y activistas por los derechos de los discapacitados en campañas políticas para reformar la ley, reconocer su estatus como trabajadores y por el establecimiento de una agencia pública de empleo con la que poder negociar.

Como apuntan Boris y Klein, “los trabajadores movilizados se unieron a los usuarios para aprovecharse de las posibilidades del estado de bienestar para forzar cambios en el empleo y en la política social... La movilización para que se aprobara una nueva legislación ayudó a los trabajadores a organizarse; a su vez, estos logros políticos crearon espacios institucionales para la organización sindical (2007: 83, 94). Estos resultados han contribuido a fortalecer el movimiento como actor colectivo: En 1999, 74000 cuidadores a domicilio consiguieron en las urnas el reconocimiento de su sindicato, en su momento de más alta afiliación desde la década de los treinta.

Por último, el terreno social y político se moldea por las luchas a lo largo de todo el espectro de clases y fracciones de clase, incluidos los movimientos reaccionarios liderados por coaliciones de clases “medias”. En mi propio trabajo, comparo casos de movilizaciones populares urbanas a partir del Ku Klux Klan de los años veinte, considerado por muchos el mayor movimiento de extrema derecha de la historia estadounidense (Rhomberg, 2005; Rhomberg, 2004).

A diferencia de sus predecesores del siglo XIX, el Klan de la década de los veinte (o “Segundo” Klan) era de ámbito nacional, extendiéndose más allá del sur hacia buena parte de los estados industrializados del norte y el oeste, y atrajo a una cantidad estimada de miembros de entre cuatro y seis millones antes de su rápido declive a finales de los años veinte.

Tradicionalmente, las interpretaciones del Segundo Klan sostenían que ese movimiento retrógrado, de pequeña y agonizante ciudad protestante de clase media, era el último aliento de provincianismo enfrentado a la industrialización y la modernidad urbana del siglo XX. Los resultados de los últimos estudios nos muestran, por el contrario, que el movimiento contó con el apoyo de una amplia base de población urbana de clase media y que era más fuerte en aquellos lugares donde los nativos blancos protestantes eran una abrumadora mayoría. Las secciones del Klan se movilizaron en torno a cuestiones como la ley seca o las leyes antimigratorias, así como a una serie de asuntos “cívicos” locales como el orden público, el buen gobierno, las escuelas públicas y los servicios municipales. En muchas áreas el movimiento evitó la violencia y consiguió apoyo por la vía de las urnas. Estos hallazgos han avivado un debate sobre si el movimiento representaba un “populismo cívico” mayoritario o más bien una reacción racista al cambio (Moore, 1991; MacLean, 1994).

Sostengo que el Ku Klux Klan de los años veinte era *tanto* un movimiento racista *como* un movimiento reformista porque los procesos de formación de clase y de concienciación de la supremacía blanca coincidieron en el mismo movimiento. Aquellas ciudades y estados en los que la población autóctona protestante era mayor o estaba más concentrada, dispusieron de mayores recursos disponibles para el movimiento, especialmente desde las clases medias deseosas de mejorar o asegurar su posición social. Los líderes del Klan buscaron deliberadamente alianzas con los pastores protestantes locales y los líderes de fraternidades y asociaciones civiles, que les ofrecieran legitimidad y una fuente de reclutamiento entre sus redes. A cuestiones “morales” como la ley seca, la educación, el orden público y la corrupción política, se unieron otras facetas principales de la intervención del Estado en la sociedad, normalmente a través de las autoridades locales, antes del New Deal. Por último, el Klan empleó un amplio repertorio de símbolos culturales para atraer a sus miembros y reforzar la solidaridad. Desde valores populares de igualitarismo republicano hasta el moralismo protestante y el racismo, el movimiento fabricó una retórica ideológica con la que enmarcó una poderosa identidad colectiva entre sus bases sociales.

De este modo, el reformismo “cívico” del Klan no era ni un simple reflejo de la sensibilidad de la comunidad ni un mero discurso en clave que escondiera su verdadera agenda. Más bien, el movimiento representaba a una ascendente clase media blanca y protestante en su puja por la hegemonía dentro de un hipotético orden social urbano dominado por los blancos. Como tal, el movimiento impuso su visión sobre los requisitos raciales y de clase necesarios para formar parte de la comunidad y funcionó como catalizador definiendo las condiciones para la integración de las colonias americanas de origen europeo. Cuando finalmente el Klan se desmoronó como organización, otros actores hicieron suyos su agenda, absorbieron su electorado e incorporaron sus intereses. Si el propio Klan fracasó, sin embargo, a su base de clase media blanca no le fue tan mal. Al contrario, en muchos sentidos lograron establecerse e influir en el desarrollo político nacional así como en el rumbo de la vida social en las ciudades y los suburbios del país.

Estos ejemplos nos proporcionan solo una breve idea del potencial de un análisis de clase no reduccionista y su relación con los patrones históricos de formación de grupos y de la acción colectiva. En su mayor parte, sin embargo, es un objetivo y una tarea pendiente. El excelente libro de Thompson sigue marcando la pauta para todos aquellos interesados en escribir sobre la historia de la clase obrera en el capitalismo. En el cincuenta aniversario de su publicación, queremos aprovechar la ocasión para agradecerle el ejemplo heroico que nos ha dejado y rendir homenaje a su obra continuando la búsqueda de esa historia en nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, A. (1992): “What Do Cases Do? Some Notes on Activity in Sociological Analysis,” in C. RAGIN, C. and H. BECKER, (eds.): *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 53-82.
- ADAMS, J., CLEMENS, E., y ORLOFF, A. (eds.) (2005): *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, Duke University Press.
- ANDERSON, P. (1980): *Arguments within English Marxism*, Londres, Verso.
- ARONOWITZ, S. y BRATSKIS, P. (2002): *Paradigm Lost: State Theory Reconsidered*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

- BONNELL, V., y HUNT, L. (eds): (1999): *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press.
- BORIS, E., y KLEIN, J. (2007): "Organizing Home Care: Low-Waged Workers in the Welfare State," *Politics and Society*, 34(1), pp. 81-107.
- CASTELLS, M. (1983): *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*, Berkeley, University of California Press.
- CLARK, T. N., LIPSET, S.M., y REMPEL, M. (1993): "The Declining Political Significance of Social Class," *International Sociology*, 8(3), pp. 293-316.
- DRAKE, St.C., y CAYTON, H. (1945): *Black Metropolis*, Nueva York, Harcourt Brace.
- EDMONDSON, R. (1984): *Rhetoric in Sociology*, Londres, MacMillan.
- ELEY, G. (1992): "Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century," en Craig CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, pp. 289-339.
- ELEY, G., y NIELD, K. (2007): *The Future of Class in History: What's Left of the Social?*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- ETHINGTON, P.J., y McDANIEL, J.A. (2007): "Political Places And Institutional Spaces: The Intersection of Political Science and Political Geography." *Annual Review of Political Science*, 10, pp.127-42.
- FRASER, N. (1992): "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy," en Craig CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, pp. 109-142.
- FUKUYAMA, F. (1992): *The End of History and the Last Man*. Nueva York, Free Press.
- GILROY, P. (1990): "One Nation under a Groove: The Cultural Politics of 'Race' and Racism in Britain," en David GOLDBERG (ed.), *Anatomy of Racism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 263-282.
- GORSKI, P. (2013): "Bourdieuian Theory and Historical Analysis: Maps, Mechanisms, and Methods," en Philip GORSKI (ed.), *Bourdieu and Historical Analysis*, Durham, Duke University Press, pp. 327-366.

- GRIFFIN, L. (1993): "Narrative, Event-Structure Analysis and Causal Interpretation in Historical Sociology," *American Journal of Sociology*, 98(5), pp. 1094-1133.
- HALL, C. (2002): *Civilising Subjects: Colony and Metropole in the English Imagination, 1830-1867*, Chicago, University of Chicago Press.
- HARVEY, D. (1989): *The Urban Experience*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- HOBBSBAWM, E. (1984): *Workers: Worlds of Labor*, Nueva York, Pantheon.
- HULL, D. (1975): "Central Subjects and Historical Narratives," *History and Theory*, 14, pp. 253-274.
- ISAAC, L. (1997): "Transforming Localities: Reflections on Time, Causality, and Narrative in Contemporary Historical Sociology," *Historical Methods*, 30(1), pp.4-12
- JENKINS, J. C. (1995): "Social Movements, Political Representation and the State: An Agenda and Comparative Framework," en J. Craig JENKINS and Bert KLANDERMANS (eds.), *The Politics of Social Protest*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 14-38.
- JENKINS, C., and LEICHT, K. (1997): "Class Analysis and Social Movements: A Critique and Reformulation," en John R. HALL (ed.), *Reworking Class*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 369-397.
- JESSOP, B. (2002): *The Future of the Capitalist State*, Londres, Polity.
- JUNG, M-K. (2006): *Reworking Race: The Making of Hawaii's Interracial Labor Movement*, Nueva York, Columbia University Press.
- KRISTAL, T. (2010): "Good Times, Bad Times: Postwar Labor's Share of National Income in Capitalist Democracies," *American Sociological Review*, 75/5, pp. 729-763
- LINEBAUGH, P. (1982): "All the Atlantic Mountains Shook," *Labour/LeTravailleur*, 10, pp. 87-121.
- MACLEAN, N. (1994): *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Ku Klux Klan in a Georgia Town*, Oxford, Oxford University Press.
- MAHONEY, J. (2000): "Path Dependence in Historical Sociology." *Theory and Society*, 29, pp. 507-48.

- MCCANN, G. (1997): *Theory and History: The Political Thought of E. P. Thompson*, Aldershot, Hampshire, Ashgate.
- MOORE, B., Jr. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon.
- MOORE, L. (1991): *Citizen Klansmen: The Ku Klux Klan in Indiana, 1921-1928*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- PIERSON, P. (2004): *Politics in Time: History, Institutions, and Social Analysis*, Princeton, Princeton University Press.
- RHOMBERG, C. (2004): *No There There: Race, Class, and Political Community in Oakland*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- RHOMBERG, C. (2005): "Class, Race and Urban Politics: The 1920s Ku Klux Klan Movement in the United States," *Political Power and Social Theory*, 17, pp.3-34.
- SAEZ, E. (2013): "Striking it Richer: The Evolution of Top Incomes in the United States," Center for Equitable Growth, University of California, Berkeley, Acceso 31 de mayo de 2013, en: elsa.berkeley.edu/~saez/saez-UStopincomes-2011.pdf.
- SCHWARTZ, M. and PAUL, S. (1992): "Resource Mobilization versus the Mobilization of People: Why Consensus Movements Cannot Be Instruments of Change," in Aldon MORRIS AND Carol MEULLER (eds.) *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, CT, Yale University Press, pp. 205-223.
- SCOTT, J. W. (1999): *Gender and the Politics of History*, edición revisada, Nueva York , Columbia University Press.
- SEWELL, W. Jr., (1990): "How Classes are Made: Critical Reflections on E.P. Thompson's Theory of Working-class Formation," en Harvey KAYE y Keith MCCLELLAND (eds.), *E.P. Thompson: Critical Perspectives*, Philadelphia, Temple University Press.
- SOMERS, M. (1997): "Deconstructing and Reconstructing Class Formation Theory: Narrativity, Relational Analysis and Social Theory," en John R. HALL (ed.), *Reworking Class*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 73-105.
- STEDMAN JONES, G. (1983): *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832 - 1982*, Cambridge, Cambridge University Press.

- STEINBERG, M. (1991): "Talkin' Class: Discourse, Ideology, and Their Roles in Class Conflict," en Scott G. MCNALL, Rhonda F. LEVINE, y Rick FANTASIA (eds.), *Bringing Class Back In: Contemporary and Historical Perspectives*, Boulder, Westview Press, pp. 261-284.
- STIGLITZ, J. (2010): *Freefall: America, Free Markets, and the Sinking of the World Economy*, Nueva York, W.W. Norton.
- THOMPSON, E. P. (1963): *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage.
- TILLY, C. (1998): *Durable Inequality*, Berkeley, University of California Press.

Recibido: 24 de septiembre de 2013

Aceptado: 30 de septiembre de 2013

Chris Rhomberg es profesor titular de Sociología en la Universidad de Fordham en Nueva York. Es autor de *The Broken Table: The Detroit Newspaper Strike and the State of American Labor* (Russell Sage, 2012) que recibió el premio a la mejor monografía académica de la sección de Trabajo y Movimientos Obreros de la Asociación Americana de Sociológica (AAS) en 2013. Su artículo, "A Signal Juncture: The Detroit Newspaper Strike and Post-Accord Labor Relations in the United States" (*American Journal of Sociology* 115, 6 [May 2010]: 1853-94) recibió el premio al mejor artículo académico de la sección de Trabajo y Movimientos Obreros de la AAS en 2011.

